

cio racial”.³ Encumbrar la Shoah a modo de verdad histórica de Estado conduce a las antípodas de una mirada crítica. Cuando las verdades se imponen desde arriba, rebelarse es justo y por tanto se ofrece a los negacionistas la posibilidad de erigirse en defensores de la libertad de expresión y se corre el riesgo de desligitimar esa misma verdad histórica ya que se excluye la posibilidad de desmontarlas contrastando fenómenos.

La marginación de posiciones negacionistas incumbe a la sociedad civil y el combate definitivo sobreviene en las campañas educativas, en los medios de comunicación y en todos los canales que se encuentren a nuestro alcance. *Educar contra Auschwitz* es un ejercicio en materia didáctica que no debería quedar limitado a las paredes de las aulas sino también a todo aquel que considere imprescindible una reparación histórica.



UN FUSTER FILOSÓFICAMENTE HUMANO, DEMASIADO (O SIMPLEMENTE) HUMANO

GUILLEM CALAFORRA
Dialèctica de la ironia.
La crisi de la modernitat en l'assaig de Joan Fuster

(PUV, Valencia, 2006).

Enric Gil Muñoz

Recuerdo que cuando leí las memorias de Elias Canetti me llamó poderosamente la atención la descripción que hacía de su relación con Karl Krauss. En ella veía un análisis magistral del peligro que acompaña a todo ejercicio de admiración intelectual: el de la subyugación espiritual. La fascinación producida por un determinado autor puede en muchas ocasiones

convertirse, progresiva e imperceptiblemente, en renuncia al propio juicio en beneficio del maestro venerado. Así, el mismo Canetti reconoce avergonzado que él también tuvo sus “judíos”: personas que merecían su máximo desprecio solamente porque el gran satírico vienés les había condenado. La reflexión canettiana me impactó tanto porque me recordaba demasiado a mi propia experiencia: me di cuenta de que su ejemplo me servía para comprender mejor la relación que como joven y apasionado lector había mantenido con Joan Fuster. Si empiezo esta reseña con un tono tan marcadamente biográfico es porque creo no ser el único lector que ha experimentado por estas latitudes una sensación similar con respecto al escritor de Sueca. Sin duda hemos sido muchos los lectores que hemos aprendido a pensar gracias al estímulo del gran ensayista, y a un buen puñado de filósofos y escritores con los que con los años nos hemos topado ya les “conocíamos” por los comentarios de Fuster. Seguramente hablar de “conocer” en este contexto sea exagerado: sería más exacto decir que, gracias a las referencias fusterianas, muchos autores y libros ya nos resultaban familiares, que no es lo mismo. Y aquí es precisamente donde radica el problema. Porque, si bien los ensayos del escritor valenciano constituyen una inmensa y preciosa ventana abierta a la cultura en su sentido más humanista y universal, para muchos “fusterianos” lo más valioso es la ventana en sí, y no el paisaje al cual se nos invita a pasar. Podríamos expresar mejor la misma idea con un ejemplo concreto: para cualquier lector crítico (o lo que es lo mismo para el caso, para cualquier fusteriano crítico), un comentario polémico de Fuster contra Hegel constituye un estímulo que incita a la lectura del filósofo alemán, para confrontar el punto de vista del escritor con el nuestro en relación con este pensador; en cambio, para cualquier lector beato (o lo que es lo mismo para el caso, para cualquier fusteriano beato), el mismo comentario significa simplemente que no hay que leer ninguna obra hegeliana: Fuster ya lo ha hecho por nosotros y ya ha sacado las conclusiones pertinentes.

De lo que acabamos de decir se desprende que la única manera de

sortear el peligro de la tiranía constituida por los modelos únicos de pensamiento es precisamente tratar de que no sean únicos: es decir, confrontar su voz con la de otros. Es esto lo que ha hecho Guillem Calaforra en su libro *Dialèctica de la ironia*, y por eso podemos estar de acuerdo con él cuando dice que ha intentado realizar un ejercicio de fusterianismo crítico. Porque Calaforra, a pesar de reconocer su deuda con el intelectual suecano, ha sido de los que se ha negado a quedarse admirando la ventana fusteriana y se ha aventurado por el indefinido pero fascinante paisaje que vamos creando cuando pensamos por nosotros mismos. En este sentido, ha renunciado explícitamente a repetir los lugares comunes de la exégesis fusteriana tradicional (Montaigne, Voltaire, Diderot...) por considerar que por este camino ya no se llegaba a ningún sitio, y se ha propuesto el objetivo de confrontar los ensayos del escritor de Sueca con la obra de algunos pensadores fundamentales en el panorama de la filosofía contemporánea: sobre todo Nietzsche, Weber, la Teoría Crítica (especialmente Adorno y Horkheimer), Foucault, Cioran y algún que otro postmoderno. ¿Y cuál es el resultado de semejante confrontación? Podríamos decir que no es otro que el retrato filosófico de un Fuster de carne y hueso, humano, demasiado (o simplemente) humano, alejado tanto del intelectual infalible fabricado por los fusterianos idólatras como del Satán catalanista y antivalenciano de la extrema derecha (o de la derecha a secas) local. Un Fuster que en ocasiones despierta nuestra admiración porque, en un ambiente social, cultural y político tan estéril como el franquista, demuestra una capacidad para sintonizar con las inquietudes filosóficas del momento sorprendente. En otras, tal vez a causa de ese mismo ambiente, muestra una ignorancia respecto a algunos autores y temas que hoy nos puede chocar. Algunas de sus opiniones nos gustan y otras no, y en la comparación con los autores antes mencionados algunas veces Fuster sale bien parado y en otras no tanto. En definitiva, de la lectura del libro de Calaforra obtenemos nada más ni nada menos de lo que tendríamos que exigir de cualquier estudio sobre cualquier pen-

sador que valga la pena: un Fuster “discutible”, tanto en la acepción de que muchas de sus ideas merecen una crítica como en la de que sus escritos nos incitan continuamente a la discusión racional sobre todo lo divino y lo humano. Nada más lejos de la veneración a la que lamentablemente estamos demasiado acostumbrados.

Entre los problemas que suscita la “filosofía” fusteriana y sobre los cuales en el libro de Calaforra podemos sacar interesantes elementos para la reflexión podríamos destacar, por ejemplo, el de la articulación del famoso escepticismo fusteriano con otras posturas teóricas y prácticas que parecen difícilmente conciliables con éste. Posiblemente el primer aspecto que nos viene a la mente en este contexto es el del sobradamente conocido compromiso de Fuster con el nacionalismo catalanista en el País Valenciano. ¿Cómo puede alguien que se declara defensor del “distanciamiento brechtiano” en política participar tan activamente en un movimiento político nacionalista? En esta cuestión, y por retomar el ejemplo de uno de los pensadores que le han servido a Calaforra de término de comparación, el de Cioran, podríamos decir que, en líneas generales (exceptuando, claro está, su oscura etapa rumana), el escritor rumano es mucho más coherente al respecto con el escepticismo de que hizo gala en la mayor parte de su carrera que el de Sueca. Otra cuestión que chirría con el escepticismo de Fuster es su actitud ante la ciencia. ¿Cómo es posible que alguien que ha dedicado toda una vida al trabajo intelectual humanístico, en sus facetas más diversas (ensayos de creación, estudios literarios, estéticos, históricos, sociolingüísticos...), denigre epistemológicamente el conjunto de ciencias humanas y sociales al mismo tiempo que ensalza en todo momento las ciencias formales y naturales? Con esta perspectiva, teniendo en cuenta que las humanidades, en opinión del escritor, carecen del más mínimo rigor científico, nos podemos preguntar cómo puede Fuster, por ejemplo, defender la superioridad epistemológica de sus estudios de historia lingüística del País Valenciano frente a las visiones claramente falseadas elaboradas por la pseudo-historiografía local de corte sece-

sionista. Por otra parte, aunque Fuster no es miope ante determinados problemas derivados de los avances científicos y tecnológicos como los relacionados con el medio ambiente, y aunque sus críticas a las actitudes ecologistas se pueden justificar en parte tanto porque tienden a desenmascarar el moralismo fácil e incoherente de muchas de éstas así como por el contexto especialmente retrasado de la España franquista, uno no puede evitar la impresión que ante este tema la postura de Fuster es de una ingenuidad científicista típica del siglo XIX. Así pues, por seguir con las comparaciones, respecto a esta cuestión los análisis de los integrantes de la Teoría Crítica se nos muestran como mucho más lúcidos y actuales.

Sea como sea, el libro de Calaforra constituye una herramienta de gran valor para aproximarse a la obra del gran ensayista valenciano con una perspectiva genuinamente filosófica. Porque encontrar argumentos problemáticos o incoherencias en los textos de Fuster no es nada del otro mundo: es lo normal cuando abordamos a cualquier pensador con un espíritu racional. Sin duda es lo que Fuster hubiera querido. Tal vez el lector de esta reseña piense que su autor no hace nada más que señalar una obviedad. Es posible. De todas maneras, el amable lector haría bien si tuviera en cuenta que, en el pueblo donde vive quien escribe estas líneas, que es el mismo en el que vivió Fuster, cada 9 de octubre, en el monumento realizado al insigne escritor, se lleva a término un acto de liturgia nacionalista durante el cual se le ofrecen flores a nuestro autor. Sin duda, habrá muchos que consideren que este tipo de ceremonias constituye un homenaje imprescindible a un gran intelectual. Otros pensamos que los verdaderos homenajes a los grandes intelectuales los constituyen libros rebosantes al mismo tiempo de respeto y de espíritu crítico como el de Calaforra.



LA PRECISIÓN DEL CUERPO

AGUSTÍN SERRANO DE HARO
La precisión del cuerpo.
Análisis filosófico
de la puntería

(Madrid, Trotta, 2007).

Josep Monserrat Molas

La sencillez de un gesto, convenientemente analizado, es capaz de resultar, en virtud de lo que el análisis aclara, una magnífica entrada a la consideración de la experiencia humana. Agustín Serrano de Haro, conocido por sus traducciones y estudios sobre Husserl y Hannah Arendt, aborda desde la fenomenología un estudio original y bellamente elaborado sobre una acción a la que hasta hoy se había prestado poca atención: la puntería. Si bien la caza ha gozado de una atención ciertamente merecida como imagen y símbolo preciso de la acción de la inteligencia pensante —cómo no recordar a Ortega—, el gesto decisivo de apuntar y lo que con ello conlleva hasta el lanzamiento no había merecido atención suficiente. El breve e intenso estudio de Serrano de Haro, *La precisión del cuerpo. Análisis filosófico de la puntería*, consigue no sólo cubrir tal falta sino atinar en lo que propiamente podríamos llamar un descubrimiento.

El libro se estructura en dos partes diferenciadas: la primera trata del fenómeno de apuntar y lanzar, atendiendo a las formas básicas y complejas de puntería, a los movimientos de atención, a la adopción de la postura, al concepto de pulso, al cálculo del lanzamiento y al tino, y, finalmente, a la gratuidad del acierto. La segunda parte, titulada ‘Condiciones de posibilidad del acto de puntería’, profundiza en el análisis enfrentándose polémica-